

43 La quarta, y ultima, porque aun dado por cierto que sea virtud verdadera la del humilde, se debe temer que en su exáltacion la pierda. Son peligrosos todos los saltos grandes de fortuna. Malos son los de arriba abaxo, porque despedazan la honra, y la hacienda; pero peores los de abaxo arriba, porque comunmente destruyen el alma. Todo hombre virtuoso, para ser levantado del polvo à la dignidad, habia de dár fiadores de su perseverancia. Trasládase el alma à otro clima muy diferente, y muy enfermizo para las costumbres. Muchos tienen en su temperamento sepultadas las semillas de varios vicios, de modo, que se esconden à sus propios ojos, hasta que las hace crecer, y brotar la oportunidad de las ocasiones. En raro hombre de baxa esfera se nota que sea cruel, y soberbio; en raro pobre el que sea avaro. Aquel, bien lejos de exercitarlos, ni aun siquiera piensa en unos vicios, para quienes no tiene materia. ¿Este cómo ha de poner la mira en lo superfluo, entre tanto que le falta parte de lo preciso? Dáse à aquel el mando, y à este algo de riqueza, si quieres saber lo que son por esta parte. De hecho, estos tres vicios se han notado frecuentemente en los que fueron elevados de humilde à alta fortuna, aunque antes no diesen muestra alguna, ni de estos, ni de otros.

44 Por estas razones soy de sentir que nunca para la dignidad, y empleo honroso sea preferido el humilde al noble, salvo que el exceso de aquel en la virtud sea muy grande. Pero en la Milicia se debe dár excepcion à esta regla, porque la pericia, y el valor, que son las prendas de suprema importancia en aquel ministerio, ni se pierden con el puesto, ni se contrahacen con la hypocresia. Por otra parte estas dotes, para el respeto, y obediencia de los subditos, suplen bastantemente el resplandor del origen. Y en fin, un gran guerrero resarce à la República con ventajas el daño que le induce plantando una nueva estirpe de Nobles. Con que están removidos todos los quatro inconvenientes señalados.

LAMP.

LAMPARAS INEXTINGUIBLES.

DISCURSO TERCERO.

§. I.
NO hay en toda la naturaleza cosa mas obscura que la luz. Hablo no respecto del sentido, sino de la razon. Nada vén sin ella los ojos, y nada vé en ella el entendimiento. Todo es palpar sombras, quando se pone à exâminar sus rayos. Su instantanea propagacion por el dilatadísimo espacio de una esfera, cuyo ambito comprehende muchos millones de leguas, es una maravilla tan grande, que nadie la creeria, à no constarle por experiencia. Tengo por sin duda, que en ese caso no habria Phylosofo, que àtentos sus principios, no la declarase manifestamente repugnante. Algunos hallaron tan incomprehensible este phenómeno, ò tan inadaptable à todo ente material, ni substancial, ni accidental que dieron en el extraño pensamiento de que la luz es un ente medio entre espiritu, y cuerpo.

A las insuperables dificultades, que ofrece al entendimiento la naturaleza de la luz tomada en comun, añaden otras muchas los diferentes cuerpos luminosos, à quienes se contrahe. El resplandor inextinguible de los Astros, la generacion del fuego elemental, la furiosa actividad del rayo, la perennidad de los volcanes, la existencia de luz sin fuego en aquellos cuerpos, yà natural, yà artificialmente luminosos, que llamamos *Phosphoros*, aun despues de tantas expeculaciones, se conservan impenetrables à los mas sutiles Physicos.

Mas

§. II.

3 **M**As vé aquí, que quando nos hallabamos harto embarazados con los phenómenos ordinarios de la luz, y el fuego, se ha aparecido en las Historias un phenómeno extraordinario, capáz no solo de poner en una nueva tortura à la Phylosophia, mas de hacer dudoso lo que en orden à la naturaleza del fuego nos enseña la experiencia. ¿Qué cosa mas sabida, ò mas acreditada por la experiencia, que el que el fuego consume la materia que le sirve de pábulo? esto, pues, puntualmente han puesto en duda las noticias que en varios Autores se leen de Lámparas, que se han hallado en algunos antiquísimos sepulcros, las quales estuvieron ardiendo, à lo que se pretende, quince siglos, ò mas, y ardieran hasta ahora, y siempre, si la entrada del ambiente, ò la inopinada fractura del vaso al abrir los sepulcros no las hubiera apagado.

4 Tres son las Lámparas perpetuas mas plausibles, de que se halla noticia en los Autores. La primera dicen, se halló por el año de 800 (otros dicen que el de 1401, que es mucha variación) en el sepulcro de Palante, hijo de Evandro, Rey de Arcadia, y auxiliar de Eneas en la guerra contra el Rey Latino, el qual se descubrió en Roma con la ocasion de abrir cimientos para un edificio. Refieren que el cuerpo de Palante, que era de prodigiosa magnitud, se halló entero, y en el pecho se distinguía la herida con que le había quitado la vida Turno, la qual tenía quatro pies de abertura; que junto al cuerpo ardía una Lámpara, y adornaba el sepulcro el siguiente Epitafio.

*Filius Evandae Pallas, quem lancea Turni
Militis occidit, more suo iacet hic.*

5 La segunda Lámpara perpetua, dicen se halló en el sepulcro de Máximo Olybio, antiguo Ciudadano de Padua, por los años de 1500, colocada entre dos fialas, en las quales se contenían dos purísimos licores, que parece servían de nutrimento à la llama. Añaden que una fiala era

de plata, la otra de oro, y cada una contenía el metal de su especie, disuelto con alto magisterio en un licor sutilísimo. Había una inscripcion en la urna, por donde constaba que Máximo Olybio había compuesto, y mandado poner en su sepulcro aquella Lámpara, en honor, y obsequio de la infernal deidad de Pluton.

6 La tercera se atribuye al sepulcro de Tullia, hija de Ciceron, descubierto en la Via Appia; unos dicen que en el Pontificado de Sixto Quarto; otros que en el de Paulo Tercero. Conocióse ser de esta Señora el cadaver por la inscripcion Latina que tenía puesta por su mismo padre: *Tulliola filia mea. Ami hija Tulliola.* Añaden, que al primer impulso del ambiente externo se apagó la Lámpara, que había ardido por mas de mil y quinientos años, y se deshizo en cenizas el cadaver que antes estaba entero. En efecto sabese, que Ciceron amó con tan extraordinaria fineza à su hija Tullia, y estuvo en su muerte tan negado à todo consuelo, que no se debe esstrañar que quisiese, siendo posible, eternizar la memoria de su amor en aquella inextinguible llama sepulcral.

7 Añadense à las tres Lámparas sepulcrales expresadas otras muchas, que se dice haberse hallado en varios sepulcros en el territorio de Viterbo. Fortunio Lyceto, eruditísimo Medico Paduano, gran defensor de las Lámparas perpetuas, en un grueso Tratado que escribió à este intento, pretende que los antiguos no solo las hayan usado en los sepulcros, mas tambien en los Templos para obsequio de sus falsas Deidades; sobre que alega el fuego eterno que se conservaba entre las Virgenes Vestales; lo que Plutarco, Estrabon, y Pausanias dicen de una Lámpara continuamente ardiente en el Templo de Júpiter Ammon; otra en el Templo de Minerva en el Puerto de Pyreo; otra en Athenas, tambien en un Templo dedicado à Minerva; otra en el Templo de Delphos. En fin, pretende que aun para el estudio, y otros usos domésticos construyeron Lámparas de luz inextinguible algunos grandes hombres, como Casiodoro, y nuestro famoso Abad Trithemio.

Ver-

de plata, la otra de oro, y cada una contenia el metal de su especie, disuelto con un licor sutil.

8 Verdaderamente, si las noticias citadas son verdaderas, veis aquí que la industria de los hombres no solo alcanzó à hacer Astros pequeños en la tierra, que en quanto à lo inextinguible de la luz imiten los del Cielo, mas aun à repetir, y multiplicar el milagro de la Zaza de Oreb, que ardía, y no se quemaba; siendo preciso que esto mismo se verificase en aquel exquisitísimo licor, que se supone haber ministrado alimento à la llama de las Lámparas perpetuas; pues si el licor al paso que ardía se consumiese, vendria en fin à apagarse la llama.

9 Mas sin embargo de las Historias alegadas, muchos hombres eruditos reputan por fabula, y quimera quanto se dice de las Lámparas perpetuas. Singularmente escribieron contra Fortunio Lyceto, Octavio Ferrari, Docto Milanés, y Paulo Aresio, Obispo de Tortona. La prueba general contra la posibilidad de dichas Lámparas se toma de la experimentada naturaleza del fuego, el qual consume qualquiera materia que le sirve de pábulo. Por consiguiente qualquiera licor que se elixa para nutrimento de la llama, se consumirá, y de este modo vendrá à extinguirse la luz.

10 Por esta razon, si no se profunda, y aclara mas, parece dexa libertad à los contrarios para responder que solo tenemos experiencia de que el fuego consume los licores, que ordinariamente se le presentan para su nutrimento; de lo qual no puede inferirse que no haya algun licor exquisito, que sea excepcion de esta regla; asi como, no obstante la casi universal actividad del fuego para disolver, y destruir todos los cuerpos, se sabe que el oro es excepcion de esta regla. Y aun por eso algunos de los que defienden las Lámparas perpetuas, se imaginan que el nutrimento de ellas, y especialmente la de Máximo Olybio, haya sido el oro, reducido à substancia líquida por algun singular arcano de la Chymica, que hayan alcanzado los antiguos, è ignoren los modernos.

no podría dar alimento à la llama, si se diese, necess.

11 Para atajar, pues, esta evasion es preciso examinar mas profundamente el asunto que nos sirve de prueba. Para lo qual debe advertirse, que no todo cuerpo, que es capaz de padecer en algun modo la actividad del fuego, lo es de administrar algun alimento à la llama. Asi un cuerpo, cuya substancia haya logrado perfecta fixation de todas sus partes, como el oro, podrá calentarse, podrá derretirse, pero no podrá inflamarse; esto es, no podrá levantar jamás luz, ó llama, por lo menos en tanto que no le agite otro fuego mas activo que el ordinario. La razon de esto es, porque precisa, y unicamente son materia de la llama las partes sutiles, volatiles, y exalables de los mixtos, à quienes damos el nombre de humo, y los Chymicos llaman bituminosas, sulfureas, &c. Asi se vé claramente que la llama no es otra cosa que el humo encendido, y que no por otra cosa (como ya en otra parte advertimos) sube arriba la llama en forma pyramidal, sino porque sube el humo, que es materia suya. Veese tambien que en evaporandose todas las partes volatiles de qualquiera mixto, por inflamable que sea, ya es imposible suscitar en el alguna llama; así el carbon levanta llama en treta que exhala copioso humo, despues persevera ardiendo mientras dura la exhalacion de otras partes volatiles de la misma naturaleza, ó menos copiosas, ó mas sutiles; pero en consumiendose estas del todo, lo qual sucede quando no resta mas que la ceniza, ya es imposible hallar cebo à la llama.

12 De lo dicho evidentemente se infiere ser imposible licor alguno, que preste nutrimento à una Lámpara sin consumirse; porque debiendo ser materia de la llama el humo mismo que continuamente se va exhalando, llegará à consumirse enteramente en virtud de la perenne exhalacion el alimento de la luz. Por tanto firmemente creo que el Padre Kirquer inutilmente anduvo solicitando el aceyte extrahido Chymicamente de la piedra Amianto para el efecto de hacer Lámpara perpetua; pues aun quando le lograrse, ó

no podria dár alimento à la llama, ò si le diese, necesariamente se habria de consumir.

Vos lo dudais. **E**ste argumento terminaria la question, si los defensores de las Lámparas perpetuas no tuviesen otro recurso que aquel licor imaginario; pero entre ellos algunos siguen para defender su opinion un systema, con el qual enteramente están puestos fuera de la esfera de la actividad de la prueba alegada. Dicen estos, que puede perpetuarse la luz, aunque sucesivamente se vaya exhaliando en humo el licor que la alimenta. Para lo qual, suponiendo que la Lámpara esté por todas partes cerrada, de modo que no pueda salir de su concavidad el humo, meditaran que este vuelva à condensarse, y reducirse à la forma misma de licor que antes tenia. De este modo, con una continua circulacion del licor en humo, y del humo en licor, conciben que nunca falte pasto à la llama. Y porque en la mecha resta nueva dificultad que vencer, la allanan con que esta se haga de lino incombustible de Asbesto, ò Amianto, del qual dimos noticia *Tom. I. Disc. XII. n. 34. y 35.* Otros discurren, que la mecha sea de oro dividido en sutilissimos hilos. Y de qualquiera modo que se idee la Lámpara perpetua, siempre se requiere mecha de materia incombustible, ò de resistencia invencible à la actividad del fuego. **E**ste systema, por qualquiera parte que se mire, padece tales dificultades, que le hacen absolutamente improvable. Empezando por lo ultimo, en que se supone no haber dificultad alguna, yo lo hallo, no solo difícil, sino imposible, porque el Amianto es incombustible, pero no indisoluble. Quiero decir, que aunque el fuego no pueda reducirle à cenizas, exerciendo en él aquel acto, que con propiedad se llama combustion; pero necesariamente con la continua agitacion irá desligando sus partes, de modo que ultimamente la mecha se reduzca à polvo. Que esto haya de suceder asi, consta de la poco firme textura del

Amianto, pues con facilidad se desligan, y deshebran sus partes; cómo resistirán, pues, el continuo impulso del fuego, no digo por tantos siglos, como pretenden los contrarios, mas aun por algunos pocos años? La mecha de Amianto, de que usó el Padre Kirquer por espacio de dos años, y se dice hubiera durado mas, si no se hubiera perdido por incuria, nada prueba; pues aun suponiendo que ardiere seis horas cada noche, esta duracion solo equivale à la de medio año continuo; y así es muy concilliable esta experiencia con lo que dice otro Autor, que no dura mas de un año la mecha de Amianto. Por lo que mira à la mecha de oro, no sabemos, si será à proposito para sustentar la llama; y dado que lo sea, quién, siendo este metal tan liquable, saldrá por fiador de que poco à poco no vaya derritiendo el fuego aquellos sulites hilos?

15 El regreso inmediato de la materia disipada en humo à su sér primero, me parece puramente imaginario. El humo de qualquier licor inflamable, aunque se quaxe en algun cuerpo sobrepuesto, representa una textura, y color muy distinto del licor de que se exhaló.

16 Muchos Phylósofos experimentales asientan, que la llama solo puede durar en ayre libre; y así, si la Lámpara está del todo cerrada, se apagará luego; y si no lo está, por donde no lo estuviese saldrá el humo, y se irá disipando toda la materia.

17 En fin, estando la Lámpara del todo cerrada, enrareciendose con la accion del fuego el ambiente contenido dentro de ella, necesariamente la ha de romper; y aunque esta ruina no se siga muy prontamente, si la Lámpara es muy firme, y de mucha capacidad, parece que à la continuada fuerza del ambiente contenido irá cediendo poco à poco, hasta que últimamente se rompa.

S. VI.

18 Impugnadas así las Lámparas perpetuas propriamente tales, resta examinar otros dos arbitrios, que se han discurrido para imitarlas. Algunos, creyendo ser

imposible mantener siempre la luz sin subministracion de nueva materia, pensaron en sugerirselas à beneficio preciso de la naturaleza, colocando la Lámpara en alguna parte subterranea, donde haya manantial de petroleo, ù otro betun líquido, el qual, encaminandose por un estrecho conducto à la cavidad de la Lámpara, le subministre siempre nueva materia combustible. De este modo juzgan se pueden hacer Lámparas sepulcrales, que ardan perpetuamente en muchos lugares, donde hay semejantes manantiales de petroleo, como de hecho los hay en varias partes de Italia, de Sicilia, y en algunas Islas del Archipiélago.

19. Todo estaba muy bien; como no quedase en pie la dificultad de la mecha, en que no reparan los Autores que dan por exequible este arbitrio. Aunque aquella se haga de la piedra Amianto, como quieren, la continua agitacion de la llama la irá deshilando, y deshaciendo, como arriba hemos advertido. Pero aun quando se considere el Amianto invencible à toda operacion del fuego, resta otro tropiezo totalmente insuperable, y es, que no habiendo algun licor inflamable tan puro, que no contenga algunas particulas heterogeneas, estas irán entrapando la mecha, de modo que últimamente se cierran los conductos por donde dá paso al humo que se exhala, y enciende; con que en fin necesariamente vendrá à apagarse. El petroleo, ò qualquier otro aceyte mineral (si es que hay otro) ò fluye por la tierra, ò por las cisuras de las peñas, de qualquiera modo no puede menos de raer, y llevar consigo muchas particulas menudas de tierra, ò piedra. Por lo qual resolvemos que este modo de hacer Lámparas perpetuas, aunque ingeniosamente discurrido, es impracticable.

§. VII.
20. **O**Tros en fin, conociendo la imposibilidad de los medios hasta aquí referidos, recurrieron à los Phosphoros para salvar en algun modo la verdad de las Historias, que testifican la existencia de las Lámparas sepulcrales. Llámase *Phosphoro* (voz Griega, que equi vale à la

Latina *Lucifer*) qualquiera materia permanentemente luminosa, ò que luce sin que la encienda algun fuego sensible. Hay Phosphoros naturales, y artificiales. Del primer genero son aquellos gusanillos que lucen de noche, las escamas de los peces, las plumas de algunas aves, la madera podrida, y otros muchos. Los Phosphoros artificiales son en dos diferencias; unos que lucen, y no arden; otros que arden, y lucen. En la primera especie es famosa la piedra de Bolognia, dicha asi, porque se halla à una legua de aquella Ciudad, à las faldas del monte Paterno, la qual, mediante la calcinacion con ciertas circunstancias, se hace luminosa. El modo de hacer esta preparacion se halla en el Tratado de Drogas simples de Nicolás de Lemeri, verb. *Lapis Bononiensis*: en el quarto tomo de las *Recreaciones mathematicas, y physicas*; y en otros Autores modernos. El Phosphoro ardiente se hace de varias partes, y excrementos de los animales, pero especialmente de la orina del hombre. Su preparacion se puede vér en el libro próximamente citado.

21. Esto supuesto, se puede discurrir, que los antiguos supiesen el secreto de la construccion de los Phosphoros, y usasen para ilustrar los sepulcros de alguna especie de ellos, capáz de conservar la luz, respecto de muchos siglos; pero tan delicada, respecto del ambiente externo, que al primer contacto de este se apagase, y que esta luz hallada en algunas urnas deslumbró à los obreros que cavaban, de modo que juzgaron, y publicaron ser de Lámparas, que habian estado ardiendo muchos siglos.

22. Tambien se puede imaginar, que los Phosphoros incluidos en los sepulcros fuesen de tal naturaleza, que al contacto del ayre externo se encendiesen. El Padre Tylkouski, de la Compañia, Profesor de Filosofia en Varsovia, en su *Meteorologia Curiosa*, describe el modo de hacer un Phosphoro de esta especie. Tomense, dice, mercurio, tartaro, cal, y cinabrio, y cuezanse en vinagre hasta que el vinagre se haya exhalado del todo: pongase aquella mezcla en un vaso bien cerrado à fuego vehemente: dexese despues enfriar. Si algun tiempo despues se abre el vaso,

se enciende la materia, y levanta llama; pero muy prontamente se disipa. Con esta invencion, u otra semejante se lograría la misma ilusion; pues siendo prontisimas, asi la produccion de la llama al contacto del ayre externo, como su extincion despues de haberse encendido, sería facil equivocarse los asistentes, juzgando que la llama anteriormente estaba encendida, y entonces se apagaba.

23 Sin embargo, creo que ninguno de los dichos artificios lograría el pretendido efecto. La razon es, porque no hay Phosphoro alguno, el qual conserve siempre la luz. La experiencia ha enseñado que todos se apagan, aunque à desiguales plazos. Asi es quimera pensar que alguno luciese por espacio de catorce, ò quince siglos. Y aunque algunos dicen, que el Phosphoro puesto en consistencia de cera nunca se apaga, esto no debe significar otra cosa, sino el que conserva la luz por mucho tiempo; pues siendo bastantemente reciente la invencion de semejantes Phosphoros, nadie hasta ahora pudo tener experiencia de su duracion; ni aun por el espacio de medio siglo. Las materias que con varias disposiciones artificiosas se hacen luminosas, ò inflamables, no son de tan firme textura como el oro, la plata, ni aun como otros metales. Por tanto, es preciso que con el tiempo se disuelvan, ò por lo menos admitan nuevas combinaciones en sus insensibles partículas, las quales no sean aptas para la accion de iluminar.

§. VIII.

24 **H**Asta aquí phylosoficamente hemos impugnado la posibilidad de la luz elemental inextinguible. Resta ahora decir algo de las historias, con que se pretende acreditar su existencia. Por lo que mira al fuego llamado eterno, que se cuenta ardía en los Templos de algunas Deidades del Gentilismo, no hay en que tropezar, porque de antiguos Escritores consta, que se le daba aquel nombre, no porque no necesitase de nuevo pábulo, sino porque sucesivamente se le suministraba con cuidado, porque nunca faltase la luz en el Templo. De la que ardía en el Templo.

pló de Jupiter Ammon dice Plutarco, que sus Sacerdotes habían observado que gastaba menos aceyte unos años que otros, de donde inferian, que los años eran desiguales en la duracion; y aunque la ilacion era absurda, pero el hecho, sobre que caía la observacion, muestra que la Lámpara consumía el alimento en que se cebaba, por consiguiente era menester socorrerla con nuevo alimento à tiempos. De la del Templo de Minerva en Atenas dice Pausanias, que duraba un año sin apagarse; lo que persuade, ò que la mecha, la qual, según el mismo Autor, era de lino Asbestino, no podia servir mas tiempo (lo que es conforme à lo que arriba discurremos sobre la imposibilidad de que dicha mecha dure siempre), ò que de una vez la infundian aceyte para todo el año, para cuyo efecto podia estar construida la Lámpara con el artificio que discurió Cardano, que hoy está bastantemente en uso, especialmente en las Naciones Estrangeras, donde se sirven de esta, que llaman Lámpara de Cardano muchos hombres de letras. Es verdad que Pausanias discurre de otro modo, pero absurdamente, y con implicacion manifiesta.

§. IX.

25 **E**N quanto à las Lámparas sepulcrales, de que se habló arriba, podemos decir con seguridad, que quanto se alega es fabula. Empezando por la del sepulcro de Palante, se muestra ser impostura: Lo primero, por la gran discordancia de los Autores, en orden al tiempo en que se señala este hallazgo. Lo segundo, por la enorme grandeza del cadaver, y de la herida; pues aunque vulgarmente se cree que los antiguos eran de mucho mayor estatura que nosotros, yá hemos mostrado en su lugar ser este uno de los errores comunes. Y de paso, por via de confirmacion, añadimos aquí la observacion de que los cadaveres, y huesos de Santos de la primitiva Iglesia, que en varios Santuarios se adoran, no representan mayor estatura que la que tienen los hombres de este siglo. ¿Pues si en mil y setecientos años no menguó sensiblemente el tamaño del cuer-

po humano, por qué se ha de discurrir que hubo tan enorme diminucion en los siglos anteriores? Lo tercero, porque la inscripcion Latina, que se dice haberse hallado en el sepulcro de Palante, manifestamente es supuesta; pues ni en el tiempo en que murió aquel jóven, ni muchos siglos despues se habló de aquel modo en Latio, ò País Latino. Aun la Ley de las doce Tablas, que fue posterior seis ù ocho siglos à la guerra de Eneas, está concebida en un idioma tan barbaro, que sin mas subsidio que las instrucciones de la Gramatica ordinaria, no hay quien le entienda. Es sabido que la lengua Latina, qual hoy la tenemos de diez y ocho à veinte siglos à esta parte, no es Lengua original, sino deribada de la Griega, especialmente del Dialecto Eolio, con la mezcla de varias voces Oscas, Etruscas, y de otros Pueblos antiguos de Italia.

26 Para tener por igualmente fabulosas las Lámparas sepulcrales de Máximo Olybio, y de Tuliola bastan las razones de imposibilidad alegadas arriba. A que se añade la manifiesta contradiccion de dos Autores sobre la de Olybio. Juan Bautista Porta dice, que se hizo pedazos por inadvertencia de los obreros al abrir el sepulcro. Francisco Maturancio, vecino de Perusa, en una carta à su amigo Alpheno, citada por Fortunio Liceto, asegura, que tiene en su poder intactas y enteras la Lámpara, y las dos fialas de oro y plata, y que no daría este precioso monumento por mil escudos de oro. Donde debo advertir que esta deposicion de Maturancio no debe hacernos fuerza por dos razones: La una, porque solo nos viene por la mano de Fortunio Liceto, apasionado propugnador de las Lámparas inextinguibles: La otra, porque posible es que existiesen tales alhajas, y se hubiesen hallado en el sepulcro de Máximo Olybio, sin que por eso fue verdad lo de la luz inextinguible.

27 Ciceron habló mucho de su hija Tulia, despues que falleció esta señora. Amabala con extrema ternura, y dexó en varias epistolas suyas grandes testimonios del desconsuelo y afliccion, que su muerte le ocasionó. Su amor,

y su dolor llegaron al punto de enloquecer en cierto modo à aquel grande hombre, porque estuvo mucho tiempo en el designio de erigir Templo al honor de su hija, y dexarla consagrada en grado de Deidad à la supersticion de los venideros. Pero nunca hizo memoria de sepulcro erigido à su hija; antes bien en algunas epistolas à Atico, protesta, que le desagrada todo lo que hurele à sepulcro. De modo, que bien lexos de hallar en las Obras de Ciceron vestigio de la llama sepulcral inextinguible (digna por cierto de que hiciese alguna memoria de ella, si la hubiese encendido, ò quisiese encenderla) al honor de su hija, le vemos desviado de toda construccion de sepulcro, porque su pasion amorosa solo le inclinaba à Ara, y Templo. Y aunque no se sabe qué paradero tuvo su sacrilego proyecto, es de creer, que mitigada con el tiempo la pasion, quedase suspenso entre los dos extremos, por no acreditarla inmortal con el Templo, ni confesarla mortal con el sepulcro.

28 En quanto à las muchas Lámparas sepulcrales, que se dice haberse hallado en el territorio de Viterbo, persuade que todo es invencion el no haberse conservado alguna de ellas. ¿Es posible que todas se rompieron, y se derramó el precioso licor que las cebaba? De qualquiera de ellas, que se conservase el licor, y la mecha, aunque al abrir el sepulcro se apagase, podría encenderse de nuevo, y hoy duraría encendida. Y pues no hay tal cosa, no se debe dudar que todo es fabula.

29 De las Lámparas de Casiodoro no tenemos mas testimonio que es del mismo Casiodoro; y este solo dá à entender, que las que él construyó conservaban la luz mucho tiempo, sin ministrarles nuevo alimento; pero no siempre: *Quae (lucernae) humano ministerio cessante prolixè custodiant uberrimi luminis abundantissimam claritatem (a)*. Para esto bastaría que las de Casiodoro fuesen como la Lámpara de Cardano. De las que se atribuyen al Abad Trithemio po-

de-

(a) Inst. cap. 30.

demos decir lo mismo, si es que hay algo de verdad en ello; porque no pienso haya otro fundamento, que haber dado algunos Chymicos Alemanes en atribuir à Tritemio el conocimiento de quantos arcános inauditos se les pusieron en la cabeza; porque suponiendo, como suponian todos, haber sido un eminente Chymico Trithemio, redundaban en honor de su arte las maravillas que referian de aquel excelente Profesor.

§. X.

30 **V**arias veces he advertido (y con todo juzgo conveniente repetirlo aquí) que es notable la propension de los hombres à fingir cosas prodigiosas. Se experimenta un genero de delectacion tan atractiva en referir todo lo que tiene algo de peregrino, y admirable, especialmente si hay la esperanza de hacerlo creer, que frecuentemente ceden à esta tentacion algunos sugetos nada inclinados à mentir en asuntos comunes. Y como estas cosas, no solo con gusto se fingen, mas tambien con igual recreacion se oyen, y se repiten, hacen un progreso portentoso semejantes fabulas: de modo, que lo que pocos años há se vertió en un corrillo, ò en una Carta, hoy se halla copiado en diez, ò doce libros. Un exemplo gracioso de esto referiré aquí, que porque pertenece à la materia de Phosphoros, ò cuerpos permanentemente luminosos, de que hemos tratado en este Discurso, tiene en él su lugar propio.

31 Juan Fernelio, doctísimo Medico Francés, en el libro segundo de *Abditis rerum causis*, cap. 17, para persuadir con una demostracion sensible, que en las cosas mas vulgares ostenta la naturaleza propiedades tan admirables, como aquellas que celebramos por extraordinarias, y exquisitas, usa de la ficcion ingeniosa de representar las propiedades de la llama, aplicadas à una piedra preciosa, que supone haber venido aquellos dias de la India. Procede aquella obra de Fernelio en forma de Dialogo, en que hablan tres personages, Philiastro, Bruto, y Eudoxo. Philiastro es quien se hace Autor de la especie, diciendo à

Bru-

Bruto: „ Que poco há traxo de la India un hombre una „ piedra de extraordinarissimas, y admirables calidades. „ Es prodigiosamente luminosa, y en qualquiera parte que „ se coloque de noche, dá copiosa luz à todo el ambito „ vecino. Mal hallada en la tierra, con continuado ímpetu „ porfia à elevarse sobre ella; no permite que la encierren „ en parte alguna, antes ama estar siempre en libertad; y „ se desvanecería de los ojos, si la pusiesen en estrecha „ custodia. No tiene figura constante y determinada, sino „ inconstante, y que à cada momento se muda. No per- „ mite que nadie la manosee, y hiere furiosamente à qual- „ quiera que se atreva à tocarla, &c.“ Oyendo Bruto la narracion, dificulta el asenso; pero asegurado por Philiastro, que es verdad quanto le ha dicho, y que se le hará vér con sus propios ojos, confiesa que es la cosa mas maravillosa que jamás ha oído. Vés aquí, le replica entonces Philiastro, que todas estas portentosas propiedades, que te he presentado en una exquisita piedra, venida de la India, las vés todos los dias en la llama que se enciende en qualquiera materia combustible, sin que te causen la menor admiracion. De aquí se infiere, que se admiran las cosas solo por el título de peregrinas; y que si se hiciera la reflexion debida, tan admirable se nos representaria la naturaleza en muchas cosas, y operaciones vulgares, que todos los dias estamos manoseando, como en la atraccion del imán, como en el flujo, y refluxo de la Mar. Si el fuego no existiera, sino en alguna Region remota de la América, ò de la India Oriental, nadie sin grande estupor oiría referir sus propiedades à los que hubiesen estado en aquella Region. Pero como el fuego en todas partes se halla, no notan en él propiedad alguna digna de admiracion los mismos que admiran por raras y estrañeras cosas mucho menos admirables. Hasta aquí Philiastro.

32 Comunicó Fernelio este discurso, ò juego de espíritu à Pepino, Medico de Anna de Montmoransi, Condestable de Francia, à tiempo que el Rey Enrico Segundo, acompañado del Condestable, se hallaba en Bolonia, y Fer-

ne-

nelio asistía al Rey en calidad de Medico suyo, como Pepino al Condestable. Vivía à la sazón en París otro Medico, llamado Antonio Mizaldo, bien conocido de los curiosos de los secretos de naturaleza, por el libro que escribió *de Arcanis natura*: hombre docto, pero muy crédulo, y gran compilador de quanto llegaba à su noticia, perteneciente à maravillas, y arcanos. Ocurrióle à Pepino divertirse un poco à costa de la credulidad de Mizaldo, con quien tenia correspondencia: para este efecto le escribió una carta, en que le noticiaba como hecho verdadero, lo mismo que Fernelio habia propuesto solo como ficcion ingeniosa. Decia, que al Rey le habian enviado aquella piedra de la India Oriental, y describia sus propiedades en la forma misma, y aun con las mismas voces que se hallan en el libro citado de Fernelio. El crédulo Mizaldo participó à muchos la carta de Pepino, y en fin llegó su copia al famoso Historiador Jacobo Augusto Thuano, el qual creyó la relacion no menos que Mizaldo; y sin embargo de que tenia yá entonces impresa su Historia, hallando digna la noticia de darse à la luz pública, la introduxo en las adiciones que hizo à la primera edicion de París. No tardó mucho el Thuano en desengañarse de la fabula, y enterarse de la burla que se habia hecho à Mizaldo; por lo qual previno que se quitase aquella narracion de su Historia en todas las ediciones posteriores. Pero yá el remedio llegó tarde; porque como la Historia del Thuano fue desde los principios tambien recibida en toda Europa, los Libreros de Francfort hicieron muy presto segunda edicion, ingiriendo en el cuerpo de la obra la noticia de la piedra venida de la India, con las demás adiciones. La edicion de Francfort se esparció por Alemania, y otros Reynos, y à la sombra de los grandes creditos de sinceridad, discrecion, y exâctitud de su Autor se esparció con ella, logrando fé; aun entre la gente literata, la resplandeciente piedra de la India. Como yá antes algunos viageros mentirosos del Oriente habian dado noticia de la luminosa piedra llamada *Carbuncho*, una de las mas insignes fabulas de la His-

toria natural, como yá hemos advertido en su lugar, la noticia, que se leyó despues en el Thuano, fue recibida como una confirmacion invencible de lo que habian dicho antes los viageros.

§. XI.

33 **E**ste exemplo debe justamente inducir una prudente desconfianza, ò suspension de asenso à varias noticias de cosas extraordinarias, que se hallan en algunos Autores por otra parte muy calificados. ¿Qué Historiador ha excedido en estos ultimos siglos los creditos del Thuano? Quién mas exâcto, mas desapasionado, mas circunspecto? Quién mas proporcionado que él para certificarse de si à Enrico Segundo le habia venido aquel exquisitissimo presente de la India? Era personage de muy alto respeto en toda la Francia, por su integridad, por su sabiduria, y por los grandes empleos que tuvo. Fue inmediato à los tiempos de Enrico Segundo, ò por mejor decir contemporaneo, pues nació seis años antes que muriese aquel Príncipe. Sin embargo de tantas, y tan relevantes circunstancias, creyó, è hizo creer à toda Europa una solemne fabula, originada de un ridiculo principio, en que fue lo peor, que otros muchos Autores copiaron la misma fabula del Thuano.

34 ¡O cuántas veces sucede esto mismo! Y cuántas noticias se hallan muy calificadas en el orbe literario, que no tuvieron mejor origen que la piedra luminosa de Enrico Segundo! Cree un Autor muy veráz, y clasico lo que fingió un embustero, ignorando muchas veces la oficina del embustre, porque à sus manos llega por las de todo un Pueblo, ò las de toda una Provincia, preoocupada ya de la fabula: Dá-la al principio en un libro. Yá tiene la autoridad de un hombre grande à su favor. Transcriben otros lo que hallaron escrito en éste; y al termino de cien años, ò muchos menos, yá se cuentan por docenas los Autores que afirman la especie. Esto basta, y sobra, para que si alguno quisiere impugnarla, se le trate de imprudente, temerario, atrevido, &c.

§. XII.

35 **A**UN hay mas que decir, (y acaso lo mejor) sobre la ingeniosa ficcion de Fernelio. No solo se originó de ella la fabula que hemos referido, mas tambien otra no menos extravagante, y en las circunstancias mas absurda. Siendo el contexto de Fernelio en el lugar que hemos citado tan claro, ¿quién creará que de él se haya tomado ocasion para atribuir à este Autor la invencion de un Phosphoro artificial excelentísimo? Y quién creará, que una alucinacion tan extraña se halle en el gran Dictionario Historico de Moreri, impreso el año de doce? (no sé si se repitió en las ediciones posteriores, porque no las he visto) Notense estas palabras de dicho Dictionario en el quarto tomo, verb. *Phosphore: El inventor del mas admirable de todos los Phosphoros es Juan Fernelio, Medico del Rey Enrique Segundo. El hizo ver à su Magestad, y à toda la Corte, estando en Boloña, una piedra artificial, que arrojaba una grande luz en medio de las tinieblas. Fingió Fernelio que dicha piedra habia venido de las Indias para hacerla mas estimable; porque como dice él mismo, lo raro hace las cosas mas preciosas: Fernelio murió en este viage de Gales, y no tuvo tiempo para dar al público la composicion de esta piedra.* Advierto, que al fin del artículo se cita à Fernelio de *Abditis rerum causis*. Y siendo cierto que en todo aquel Tratado, el qual consta de dos libros, no hay especie alguna de Phosphoro, ò piedra luminosa, ni cosa que tenga la menor alusion, sino la que citamos arriba, se conoce la crasa equivocacion de los que introduxeron aquella noticia en el Dictionario; pues Fernelio en el lugar alegado, inmediatamente à lo que dice de la piedra traída de la India, clarisimamente confiesa, que aquella es una pura ficcion, ò un enigma, en que debaxo del nombre de una piedra explica las propiedades de la llama.

§. XIII.

36 **M**E he dilatado en este asunto, porque conduce mucho, no solo al intento particular del presente Discurso, mas tambien al general del Theatro Critico.

co. No se introduxeran, ò no tomáran vuelo en el mundo tantas fabulas, si los mas de los hombres no tuviesen una casi ciega fé con lo que leen en los Autores. No se examinan las fuentes de donde se derivan à ellos las noticias. No se usa de critica para discernir lo posible de lo imposible, lo verisimil de lo inverisimil, y muy pocos tienen los principios necesarios para este discernimiento. No se advierte que los mas clasicos Autores usaron de agenos informes, sin exceptuar de esta regla aun los coetaneos à los sucesos, pues siempre sería muy poco lo que podrían ver con sus propios ojos; y aun que ellos fuesen muy sincéros, es muy posible que no lo fuesen todos los que sirvieron de conductos à sus noticias. Ni hay que oponer à esto, que siendo prudentes sabrían distinguir, y dar la debida estimacion à los informes; pues no hay prudencia humana que alcance à sondear las razones de todos aquellos con quienes se trata. Fuera de que muchos tienen por prudencia asentir à todas aquellas noticias que se hallan estendidas en un Pueblo, ò en una Provincia, sin hacerse cargo de la facilidad con que la ficcion de un embustero discurre como contagio toda una Region. No por eso pretendo una general desconfianza, una total suspension de asenso à quanto se halla escrito, sino una sábia precaucion para examinar las circunstancias que pueden servir de pruebas, ò indicios de la creibilidad, ò increíbleidad de las narraciones.

37 Hagamos palpable la distincion que hay entre leer con critica, ò sin ella en el asunto del Discurso presente. Un entendimiento humilde, y vulgar, llegando à saber que son muchos los Autores (como de hecho llegarán hoy à centenares) donde se halla escrita la noticia de las Lámparas inextinguibles de los sepulcros de Palante, de Máximo Olybio, y de Tulia, aquí para, porque, ò le faltan los principios necesarios para examinar la verisimilitud del hecho, ò aunque los tenga, no sabe usar de ellos. La multitud de Autores tomada à bulto es para él regla infalible, y tratará de imprudente, y temerario à qualquiera que dude, ò contradiga aquellas noticias. Pero un hombre discre-

creto, dotado de la instruccion, y talentos necesarios notará lo primero las dificultades insuperables que la Phisica, asi theorica, como experimental, representa en la existencia, y aun en la posibilidad de dichas Lámparas. Notará lo segundo, que en los antiguos Escritores no se halla sombra, ni vestigio de estas luces sepulcrales inextinguibles. Notará lo tercero, las contradicciones de los Autores, que las afirman, en quanto al tiempo, y otras circunstancias. Notará lo quarto, que ninguno de los Autores que las afirman, y defienden, dice haberse hallado presente al descubrimiento de alguno de aquellos sepulcros. De todas estas observaciones prudentemente concluirá, que la especie de las Lámparas inextinguibles es uno de los muchos monstruos, que engendra el embuste, y alimenta la crueldad.

EL MEDICO DE SÍ MISMO.

DISCURSO QUARTO.

§. I.

1 **E**stá recibido como axioma, que los Medicos no aciertan à curarse à sí mismos, y por tanto, en el caso de estar enfermos, deben llamar, y rendir su dictamen à otro, ù à otros Medicos.

2 Tocaron este punto Paulo Zachias en sus Questiones Medico-Legales, y Gaspar de los Reyes en su Campo Elisio; pero tan de paso, especialmente el primero, que aun se puede considerar la question como indecisa. Preguntó Paulo Zachias, si pecará el Medico curandose à sí proprio, ò à los suyos, padres, hijos, ò hermanos? A que dice lo primero, que la opinion del vulgo (por lo qual cita tambien à Rodrigo de Castro, Medico Lusitano) niega que esto le sea licito. Dice lo segundo (declarando su mente) que mas debe ser notado de imprudencia, que de pecado al-

alguno, el Medico que, especialmente en las enfermedades mas graves, se cura à sí proprio. Esta resolucion es por dos capitulos obscura: El primero, porque no declara, si en el caso propuesto absuelve al Medico de todo pecado, dexandole solo la nota de imprudente, lo que solo tiene cabimiento, si la imprudencia es invencible; porque la imprudencia vencible, y voluntaria no puede eximirse de pecado mas, ò menos grave, à proporcion de la materia, y daño que resulta. El segundo, porque aquella expresion, *especialmente en las enfermedades mas graves*, dexa ambiguo, si en las menos graves carecerá de toda imprudencia, el curarse à sí mismo, ò si solo será menor la imprudencia, por ser menor el riesgo. Noto tambien, que este Autor no responde al todo de la question propuesta; pues pregunta, no solo si el Medico puede curarse à sí mismo, mas tambien si puede curar à sus padres, hijos, y hermanos; y respecto de estos nada resuelve. Noto en fin, que no apoya con fundamento alguno su resolucion.

3 Reyes, aunque algo conciso, respecto de la importancia de la materia, procede con mas claridad, y exactitud. Su sentir es, que en las enfermedades leves, y que no son acompañadas de fiebre, puede muy bien el Medico curarse à sí mismo; pero no en las graves, ò quando hay fiebre. La razon que dá es, que así la fiebre, como los grandes dolores, intemperies, y symptomas, perturban algo la razon, por lo qual impiden al Medico enfermo discernir lo que le conviene, ù daña.

§. II.

4 **E**sta resolucion, si se limitase mas, no se apartaría de la razon; pero en la generalidad en que la dexa el Autor no debe aprobarse. La razon es clara, porque la experiencia muestra cada día, que no todo dolor agudo, no todo symptoma grave, y mucho menos toda fiebre perturban la razon. Muchos en enfermedades gravissimas la conservan cabal, y en las fiebres ordinarias casi todos. Lo que, pues, unicamente debería decirse es, que se observe si el ardor de la fiebre, ò la fuerza de los symptomas han alterado